

5619

How was Jacke y made

6

# DICIONARIO DE IDEAS AFIN

Y

ELEMENTOS DE TECNOLOGIA

COMPUESTO

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS

bajo la dirección de

**D. EDUARDO BENOT**

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Cuaderno **45-2** reales  
(Contiene los pliegos 134 & 136)

ADMINISTRACION

CALLE DE DON MARTIN, 13

TELÉFONO NÚMERO 3.007

MADRID

**HONRAR PADRE Y MADRE.**

LIBRERIA DE CUÉSTA  
CARRERAS 9 MADRID

HONOR

PADRE Y MADRE



Digitized by the Internet Archive  
in 2013

HONRAR

PADRE Y MADRE,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JUAN JOSÉ HERRANZ.

Estrenada con extraordinario aplauso en el teatro Español el día 9 de Enero de 1875.

~~~~~

MADRID.

IMP. DEL INDICADOR DE LOS CAMINOS DE HIERRO  
Costanilla de los Angeles, 3.

—  
1873.

**PERSONAJES.****ACTORES.**

|                |                 |
|----------------|-----------------|
| TERESA.....    | SRA. LA MADRID. |
| DOLORES.....   | STA. BOLDUN.    |
| JUAN.....      | SR. VICO.       |
| LUIS.....      | ZAMORA.         |
| ANTONIO.....   | MORALES.        |
| EUGENIO.....   | MAZA.           |
| UN CRIADO..... | LOPEZ.          |

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LOS SEÑORES

DON FRANCISCO SILVELA Y DON SANTIAGO DE LINERS.

---

*Les dedica esta comedia su verdadero amigo*

EL AUTOR.

# MEMBERS OF THE

THE MEMBERS OF THE  
THE MEMBERS OF THE  
THE MEMBERS OF THE  
THE MEMBERS OF THE  
THE MEMBERS OF THE  
THE MEMBERS OF THE  
THE MEMBERS OF THE  
THE MEMBERS OF THE  
THE MEMBERS OF THE  
THE MEMBERS OF THE

## MEMBERS OF THE

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa una sala de confianza amueblada elegantemente; hay un balcon y tres puertas; una de estas, que se supone conduce á los salones donde el baile se verifica, debe hallarse á la derecha del actor y ser de mayores dimensiones que las otras dos: á un lado de la escena se vé un velador con libros y periódicos; sobre la chimenea hay un reló; es de noche y la habitacion está muy bien iluminada por bujías.

### ESCENA PRIMERA.

JUAN y LUIS.

JUAN.           ¿Habrás visto en el salon  
las gentes más elegantes  
de Madrid?

LUIS.                               Si: decir puedo  
que he visto lujosos trajes;  
mas respecto á las personas  
como no conozco á nadie...

JUAN.           Ya las conocerás: ese  
es el objeto del baile;  
que hagais la entrada en el mundo  
Dolores y tú.

LUIS.                               Mi madre

me ha dicho ya tantos nombres  
como tiene el almanaque.

JUAN. Yo espero que todavía  
vengan más gentes.

LUIS. Es tarde.

JUAN. Eso no importa: en Madrid,  
las personas más notables,  
hasta que el día despierta  
no acostumbran á acostarse.  
Aun esta noche presumo  
que vendrá un hombre importante  
á tu casa.

LUIS. No madruga.

JUAN. Me dijo que aunque tardase  
le esperara, para hablar  
de un asunto interesante  
para tí.

LUIS. ¿De qué se trata?

JUAN. Se trata de colocarte  
en Madrid. ¿Qué te parece  
este proyecto?

LUIS. Me place.

¿Se conseguirá?

JUAN. Así creo.

LUIS. Desde luego hay que fijarse  
en que he servido seis años,  
con sueldo insignificante,  
en distintas embajadas.

JUAN. Nada tienes que indicarme;  
el favor está pedido  
y es á lo ménos probable  
que tu jefe en este caso  
procurará contentarme.

## ESCENA II.

JUAN, LUIS y TERESA.

LUIS. (A Teresa.) Nuestros planes son muy buenos.

TERESA. Yo no conozco los planes.

JUAN. Ella me inició la idea

muchísimo tiempo ántes  
de tu regreso.

TERESA. Comprendo  
que hablas de que te trasladen  
á Madrid.

LUIS. Sí.

TERESA. Yo temia  
que pudiera disgustarte  
mi pensamiento.

LUIS. Hasta en broma  
me desagrada esa frase:  
nunca hay disgustos al lado  
de usted, que es tan tierna madre,  
de mí abuela que es tan buena,  
de mí hermana que es un ángel,  
y de Juan, que para mí  
ha sido un segundo padre.  
Harto siento haber estado  
por tanto tiempo distante  
de ustedes.

TERESA. Era preciso  
que de este modo empezases  
la carrera.

LUIS. Pero ahora  
me quedo aunque ustedes manden  
lo contrario.

TERESA. ¿Conque estás  
decidido á sublevarte?

LUIS. Atenderá usted mis ruegos.

JUAN. No cedas Luis, ten carácter.

LUIS. Cualquiera dirá al mirarnos,  
sin que razones le falten,  
que tenemos la armonía  
de las óperas de Wagner:  
ustedes viven aquí  
en América mi padre  
y yo recorriendo córtes  
de aspirante á personaje.

TERESA. Te quedarás con nosotros

JUAN. Ya no vivirás errante.

LUIS. No basta esa concesion;  
 pretendo ensanchar mis planes:  
 á mi padre escribir pienso  
 muy en breve, noticiándole  
 que realicé con fortuna  
 el anunciado viaje,  
 que estamos todos unidos  
 y esperamos anhelantes  
 que abandone por completo  
 sus negocios comerciales,  
 y apresura cuanto pueda  
 el que sus hijos le abracen;  
 que tenemos pingües rentas  
 y vivimos como grandes  
 de España, sin que él trafique  
 con géneros coloniales.

JUAN. No consigues convencerle.

LUIS. ¿No he de lograr yo sacarle  
 de allí, si le ruego mucho?

TERESA. No estará demás que trates  
 de conseguir...

LUIS. Vaya, ustedes  
 no le conocen bastante;  
 con poco que se le diga  
 pienso que lia el petate  
 y se viene.

JUAN. No lo esperes.

LUIS. Ya veremos. ¿Cuándo sale  
 el corroo para América?

JUAN. El veinticinco

LUIS. ¿Sí? El martes.

JUAN. Hoy se ha recibido.

TERESA. Ha escrito.

JUAN. ¿Qué dice?

TERESA. Nada importante.

LUIS. Con que, quedo en el encargo  
 de convencer á mi padre.

(Se va por la puerta derecha.)

## ESCENA III.

JUAN y TERESA

- TERESA. Dejarle los dos debemos  
que alimente su ilusion.
- JUAN. ¡Dice con tal conviccion  
qua á Diego no conocemos!
- TERESA. Su comportamiento estraña,  
y es natural, pues no sabe  
que es un asunto muy grave  
el que le aleja de España.  
¿Quién le dice? «Tú eras niño,  
y el hombre que te dió el sér.  
dejó pobre á su mujer  
y renunció á tu cariño.»
- JUAN. Fuera amargar su existencia.
- TERESA. No acierto por qué razon  
si hiciera esta confesion  
me pesara en la conciencia.
- JUAN. Se comprende, si se mira  
el móvil de tus acciones,  
que en algunas ocasiones  
no es pecado la mentira.
- TERESA. Tan sólo les dejó ver  
que, al abandonar su cuna,  
buscó Diego una fortuna  
que poderles ofrecer;  
y que con los ojos fijos  
en esta ilusion querida,  
espuso noble su vida  
por el amor de sus hijos.
- JUAN. Y ellos que juzgan verdad  
todo lo que tú les mientes,  
le adoran.
- TERESA. ¿Y tú lo sientes?
- JUAN. Es una debilidad:  
pero al mirar sus desvelos  
sin que la razon nos venza,

- lo confieso con vergüenza,  
siento en el alma los celos.
- TERESA. Son celos estraños.
- JUAN. Sí:  
yo me reprendo... me riño...  
mas pienso que ese cariño  
pudiera cifrarlo en mí.
- TERESA. ¿Que te quieren dudarás? -
- JUAN. No; yo su cariño veo,  
mas soy ambicioso y creo  
que pueden quererme más.  
He llegado á comprender  
que cuando el pelo encanece,  
y ya al hombre no enloquece  
el amor de la mujer,  
vá buscando la inocencia  
para darle proteccion;  
contempla en su corazon  
el luto de la experiencia,  
y anhela prestar consejos,  
hijos tal vez de la calma,  
y yo siento ya en el alma  
la experiencia de los viejos.
- TERESA. En mis hijos has hallado  
un afecto decidido.
- JUAN. Dudarlo nunca he podido,  
pero es un amor prestado.
- TERESA. No; que tú tienes derecho  
su cariño á reclamar.  
¿Cuándo te podrán pagar  
todo el bien que les has hecho?
- JUAN. Cumplí un deber y lo citas...
- TERESA. No me avengo á tus razones.
- JUAN. ¡Qué! ¿No hay más obligaciones  
que aquellas que están escritas!  
Mirando mi situacion  
que pude eximirme infieres,  
mas yo en cuestion de deberes  
solo escucho al corazon.
- TERESA. ¡Ay, Juan! ¡Cuánto beneficio

debo á tu afecto fecundo!

JUAN. Cállate... (¡Y en tanto el mundo juzga mi virtud un vicio!)

TERESA. De dichas nos ha colmado tu corazón bondadoso.

JUAN. ¡Bah!... la carta de tu esposo ¿qué dice? No hemos hablado...

TERESA. Me da cuenta, con prolijos detalles, de su existencia, y habla con gran insistencia del cariño hácia sus hijos.

JUAN. Lo contrario ha demostrado.

TERESA. ¿Juzgás que no puede amar?

JUAN. El no debiera nombrar ese afecto delicado.

TERESA. Dice que el pesar que hoy tiene su pasado purifica.

JUAN. ¿De venir nada te indica?

TERESA. Ni una palabra.

JUAN. No viene.

TERESA. No opino lo mismo.

JUAN. ¿No?

Yo sé muy bien que no pasa los umbrales de esta casa mientras que no muera yo.

El que sabe la verdad de todo, ve en mí su juez, y respeta mi honradez,

y teme mi autoridad; pues por tanto y tanto yerro como él cometió contigo le impuse el duro castigo de su constante destierro.

TERESA. No vendrá, pero le pesa.

JUAN. ¿Habla más?

TERESA. Mi amor suplica, y se me olvidaba, indica que nos guarda una sorpresa.

JUAN. ¿Y nada sobre ella advierte?

TERESA. Será algo que nos regala,

JUAN. (Viendo entrar á Dolores por la puerta de la derecha.)  
 ¡Hola! ¡Tú por esta sala!  
 ¡El baile no te divierte?

## ESCENA IV.

TERESA, JUAN y DOLORES.

DOLOR. Vengo porque he conocido  
 que las gentes se han fijado  
 en que mamá ha abandonado  
 el salón...

TERESA. ¡Calla! ¡Has venido  
 á avisarme!

DOLOR. Es la verdad.

JUAN. Tú te apuras al instante;  
 no sabes lo tolerante  
 que es la buena sociedad,  
 sobre todo cuando ve  
 que hay graves ocupaciones,  
 como son dar instrucciones  
 para servir un *buffet*.  
 Esto se ocurre á cualquiera  
 inteligencia, aunque tarda,  
 y el estómago que aguarda  
 siempre una falta tolera.

DOLOR. Al hablar así me fundo  
 en las lecciones...

JUAN. No atinas.

¡Qué entienden las Ursulinas  
 de lo que pasa en el mundo?

TERESA. Me marcharé como quieres.

DOLOR. Yo por el bien parecer...

JUAN. Debe usted obedecer.

TERESA. Voy á llenar mis deberes.

(Sale de escena por la puerta de la derecha.)

## ESCENA V.

DOLORES y JUAN.

JUAN. ¡Estás muy guapa!

DOLOR. Ya es vicio

en usted el ser galante.

JUAN. De esta hecha el representante  
de la nacion pierde el juicio.

DOLOR. ¿Empieza usted con sus bromas?

JUAN. Yo me permito gastarlas  
porque te agrada escucharlas  
aun cuando en serio las tomas.

Ve que no soy sospechoso,  
puesto que le he presentado:

¡era triste! ¡un diputado  
en la esquina haciendo el oso!

DOLOR. Vaya que es usted capaz  
de burlarse de su sombra.

JUAN. ¡Qué! ¿Mi conducta te asombra?

No te he de dejar en paz  
hasta ver si de algun modo  
logro que hables francamente.

Yo seré buen confidente.

DOLOR. Usted ya lo sabe todo,  
y es un extraño capricho  
querer verme colorada.

JUAN. Auténtico no sé nada,  
porque tú nada me has dicho;  
mas quien os observe atento  
ha de notar que os quereis.

Dime, Dolores: ¿habeis  
suprimido el tratamiento?

DOLOR. ¡Qué locura!

JUAN. ¿Tú la ves?

DOLOR. Sí, señor; y no pequeña.  
Usted por lo ménos sueña.

¿Cuando no hace más que un mes  
que le trato!

JUAN. Me da risa...

¿Cuánto efecto te ha causado!

DOLOR. Me choca que en lo pasado  
se viviera tan de prisa.

JUAN. ¡Hola! ¡Ya me llamas viejo!

Es una venganza horrenda.

DOLOR. No espero que usted se ofenda

pues no hay motivo.

JUAN. Lo dejo  
aunque existe.

DOLOR. Es muy extraño  
que usted tenga esa manía  
siendo jóven.

JUAN. Todavía  
podré tirar algun año.

DOLOR. Cierto que en comparacion  
nuestras edades...

JUAN. Me asusta...  
el pensarlo. ¿A tí te gusta  
más esta conversacion?

A mí no; pues de ella saco  
un humor siempre tan negro...  
DOLOR. ¿Con que sí? ¿Cuánto me alegro  
de haberle encontrado el flaco!  
Si usted se atreve otra vez  
á embromarme, con motivo  
ó sin él, yo le recibo  
hablando de la vejez.

JUAN. Vas á obligarme á que riña,  
áun cuando no me acomoda...  
Dí, ¿cuándo será la boda?

DOLOR. Ya vé usted, ¡si soy tan niña!...

JUAN. Vamos, hazme la merced  
de contestar cual conviene.

(Viendo llegar á Eugenio por la puerta de la derecha.)  
¿Conoces á ese que viene?

DOLOR. A ver si se calla usted.

## ESCENA VI.

DOLORS, JUAN y EUGENIO.

JUAN. Apruebo en usted la idea  
de venir aquí.

EUGEN. Me agrada  
tambien haberla tenido:  
en verdad que no esperaba

este encuentro afortunado ;  
pero sintiera en el alma  
interrumpir.

JUAN. Seguiremos.

DOLOR. No ; no hablábamos de nada...

EUGEN. Dispénseme usted Dolores ,  
mas su negativa extraña  
me hace pensar...

DOLOR. No hay motivo.

EUGEN. Ya entiendo ; se murmuraba.

DOLOR. No lo tengo por costumbre.

JUAN. Además es de la casa ,  
y por lo tanto le toca  
esta vez ser *murmurada*.

EUGEN. Sin duda se vino usted  
para hacer sentir su falta.

DOLOR. No tengo tal presuncion.

EUGEN. Al ménos yo la notaba.

DOLOR. A no temer desmentirle ,  
francamente, lo dudara.

EUGEN. Es usted bastante incrédula.

JUAN. Tiene más fé que una santa.

DOLOR. Pero usted lo sabe todo.

JUAN. Algo.

DOLOR. Hasta luego.

JUAN. ¿Te marchas?

DOLOR. Sí, señor. Ya ajustaremos  
unas cuentas.

JUAN. ¿Quién las paga?

DOLOR. ¿No lo sabe usted? Pues yo  
sé que me toca cobrarlas.

ETGEN. ¿Recuerda usted una deuda  
ahora que de deudas trata?  
ebe usted unos lanceros.

DOLOR. Cumpliré á usted mi palabra.

EUGEN. ¿En los primeros que toquen?

DOLOR. Con mucho gusto.

EUGEN. Mil gracias.

(Cuando va á salir Dolores por la puerta que da á los  
salones entra Antonio.)

## ESCENA VII.

DOLORES, JUAN, EUGENIO y ANTONIO.

ANT. ¿Se marcha usted porque vengo?

DOLOR. No, señor; ya me marchaba  
ántes de verle.

ANT. ¿Y habrá  
quien dude de mi desgracia?  
¡Hola! amigo Maldonado.

## ESCENA VIII.

JUAN, EUGENIO y ANTONIO.

EUGEN. ¿Qué tal?

ANT. Padre de la pátria,  
á mí no me vá tan bien  
como á tí; pero se pasa.

EUGEN. Usted gasta bien el tiempo

ANT. Usía no lo malgasta.

EUGEN. Dispénsame; distraído  
he cometido una falta,  
hablarte de usted; yo tengo  
una memoria tan mala...

ANT. Como no nos hemos visto  
hace tiempo, no me extraña.

JUAN. ¿Conque ustedes se conocen  
de antiguo, segun las trazas?

ANT. Sí, señor; seguimos juntos  
la carrera que en España  
siguen todos los que quieren  
ó ser mucho ó no ser nada.

EUGEN. Vega, ¿has abierto despacho?

ANT. Lo abre todas las mañanas  
mi criado, para limpiar  
el polvo y las telarañas.

EUGEN. Pues yo pienso abrir bufete.

JUAN. - Abrigue usted esperanzas

de encontrar negocios.

ANT.

Mira;

tienes una circunstancia  
que supone, por lo ménos,  
la mitad de la jornada:  
aquí, para un abogado,  
un distrito es una ganga.

EUGEN. Yo quiero probar fortuna.

JUAN. Nunca vence quien desmaya;  
usted es independiente.

tiene buen talento, y habla  
en las Córtes, de manera  
que adquirirá pronto fama.

ANT. He tenido al encontrarte  
una sorpresa tan grata...

EUGEN. Y yo tambien.

ANT. Hace un rato  
te ví; pero te encontrabas  
ocupado, y no advertiste  
que nadie te saludara.

EUGEN. Dispensa.

ANT. Yo estaba lejos;  
tú con Dolores hablabas,  
en lo cual te alabo el gusto:  
es una chica muy guapa.

EUGEN. ¡Es tan sencilla y tan buena!

JUAN. Dolores es un alhaja:  
¡si viera usted cómo mima  
á su abuela! ¡pobre anciana!

ANT. Una señora que vive  
en esta casa inmediata.

(Señala hácia la izquierda.)

JUAN. Y Dolores entra y sale  
tantas veces en su estancia,  
que á no dudarlo, la puerta  
que comunica ambas casas  
necesita que le pongan  
unos goznes por semana.

ANT. Y el hermano, ¿es tan simpático  
como ella?



EUGEN. Que vas á burlarte opino:  
me exige mi corazón  
que arregle mi posición.

ANT. Estás en muy buen camino.  
Dime á propósito, ¿sabes  
si hay algo de nuevo?

EUGEN Nada:  
aunque la gente avanzada  
anuncia sucesos graves.

ANT. ¿Pero en ellos no me inicias?

EUGEN. Se abrigan planes funestos.

ANT. Miremos qué dicen estos  
periódicos de noticias.

EUGEN. Los he visto y no contienen  
una sola novedad:  
con chismes de vecindad  
como siempre, se entretienen,

ANT. (Ha cojido un periódico de encima de la mesa y lee en  
voz alta lo que indica el diálogo.

«El señor don Juan Castaños  
ha salido para Archena.»

Pues que vaya enhorabuena  
y le sienten bien los baños.

«La señora de Mendoza  
ha dado un baile...» Asistí,  
y á fé que me divertí.

EUGEN. Eres el hombre que goza  
más en Madrid

ANT. Si tú quieres  
yo te llevaré.

EUGEN. Lo siento,  
pero yo no me contento  
con tan fáciles placeres.

ANT. Yo la utilidad no veo  
de esta noticia

EUGEN. ¿Cuál?

ANT. «Lista  
de los pasajeros...»

EUGEN. Vista.

ANT. «que ha traído el vapor-correo

de la Habana.»

EUGEN. ¡Qué chubasco  
de nombres grandes y chicos!

ANT. Todos estos vendrán ricos  
si no se han llevado chasco.  
«Don Pedro Antonio Senante,  
don Juan Martinez Amor.»  
Este es un gobernador  
que al llegar se halló cesante.  
«¡Don Diego Benitez Mesa!»

EUGEN. Haces gestos tan atroces...

ANT. ¿Pero tú no le conoces?  
El marido de Teresa.

EUGEN. En vez de asustarte tanto,  
que me describes espero  
qué tiene ese caballero  
para producir espanto.

ANT. ¿Ignoras lo que aquí pasa,  
ó pretendes embromarme?

EUGEN. Vega, si quieres contarme  
lo que sepas de esta casa  
lo agradeceré.

ANT. Es chocante  
que hasta ahora no hayas sabido...

EUGEN. Antonio, yo nunca he sido  
en Madrid más que estudiante.

ANT. Por eso no sabes nada.  
¿Pero quién te ha presentado  
á Teresa?

EUGEN. Mendez Prado.

ANT. Es la parte interesada.

EUGEN. Que responda tu memoria  
al afan con que te escucho.

ANT. Que te importe poco ó mucho,  
así refieren la historia.  
Teresa Aldaz era chica,  
hace ya bastantes años,  
á quien amigos y estraños  
llamaban hermosa y rica.  
Benitez era un soltero

compuesto y almibarado,  
 con humos de potentado  
 y rentas de pordiosero;  
 él formuló su exigencia,  
 que disfrazó de seguro,  
 que ella buscaba amor puro  
 y él buscaba pura herencia.  
 La madre de ella á esta union  
 se opuso con gran cordura,  
 pero es el caso que el cura  
 les echó la bendicion.  
 En cuanto se vió consorte  
 Benitez de tantos bienes,  
 montó los mejores trenes  
 que han cruzado por la córte;  
 sin ver el próximo trueno  
 dió reuniones, dió comidas,  
 y mantuvo buscavidas  
 con el capital ajeno.

EUGEN. Eso es indigno.

ANT.

Notando  
 que empezaba á resentirse  
 su casa, fué á resarcirse;  
 y ¿cómo dirás? jugando.  
 Sin duda anhelaba, ciego,  
 del vicio alcanzar la palma  
 y se entregó en cuerpo y alma  
 á los martirios del juego:  
 su mujer, que le queria,  
 le señaló el precipicio;  
 y entonces tomó otro vicio.

EUGEN.

ANT.

¿Cuál?  
 El de la hipocresía.  
 Ya no reveló el estado  
 en que andaban los negocios,  
 y para matar sus ócios  
 tomó dinero prestado.  
 Siempre con el buen propósito  
 de resarcirse despues,  
 firmó letras, pagarés,

escrituras de depósito...  
 Siguió, en fin, por los senderos  
 que marcan en casos tales  
 esos *pobres industriales*  
 que se llaman usureros.  
 El momento llegó al cabo  
 en que perdido su crédito,  
 ni con el más alto rédito  
 le daba nadie un ochavo,  
 y al ver su fama perdida  
 y al notar su situacion  
 no halló en la imaginacion  
 más recurso que la huida.  
 A los Estados-Unidos  
 se fué sin ver sus deberes,  
 abandonando á dos séres  
 en tan mal hora nacidos.

EUGEN. ¡Triste historia!

ANT. Lo concedo;  
 pero préstame atencion.

EUGEN. ¿Aun falta?

ANT. Es la exposicion;  
 ahora prosigue el *énredo*.  
 Tu amigo Mendez, que es largo,  
 y bien sus acciones pesa,  
 resultó para Teresa  
 un hombre que ni de encargo:  
 la amparó en su soledad,  
 aunque nadie sospéchaba  
 que con ella le ligaba  
 ningun lazo de amistad.  
 Con instintos protectores  
 é inteligencia no escasa,  
 dirigió muy bien la casa  
 y pagó á los acreedores;  
 dió educacion á los chicos,  
 introdujo economías,  
 y como tú ya sabrias  
 viven sin deudas y ricos.

EUGEN. Mendez merece respeto.

ANT. No, no veneres su nombre;  
al fin y al cabo es un hombre  
como todos, incompleto.  
Dicen que de sus servicios  
supo cobrar la revancha,  
cubriendo con una mancha  
todos estos beneficios.  
Busca el progreso constante  
el hombre...

EUGEN. ¿Y tiene que ver?

ANT. En la amistad con mujer  
el progreso es ser amante.

EUGEN. Eres atroz.

ANT. (Sonriendo.) Yo me ciño  
á repetir con profundo  
pesar, lo que dice el mundo:  
y es natural; el cariño  
es escala á veces mala  
por donde las almas van.

EUGEN. ¿Y ellos?

ANT. Se dice que están  
en el final de la escala.

EUGEN. Es triste.

ANT. Temo que llores.

EUGEN. Me has hecho un daño tremendo.

ANT. Vamos, ya te irás haciendo  
á saber cosas mayores.  
Me marchó á ver si con maña  
logro que llegue al oído  
de Teresa, que el marido  
va á presentarse en campaña.  
Será cómica en verdad  
la cara de los pacientes.

## ESCENA X.

EUGENIO. -

¡A esto le llaman las gentes  
un hombre de sociedad!  
¡Ah! me ha herido en mis amores

de una manera indirecta;  
 si su relato me afecta  
 es porque quiero á Dolores.

(Pausa.)

Aunque pese á la amistad,  
 una duda se me ofrece:  
 la calumnia se parece  
 muchísimo á la verdad.  
 Hay que proceder con calma:  
 veremos... ya no soy niño,  
 y dominaré el cariño  
 aun cuando le duela al alma.

## ESCENA XI.

EUGENIO, TERESA y LUIS.

- LUIS. ¡Usted aquí, Maldonado!
- TERESA. No le gustará cansarse  
 bailando, y prefiere estarse  
 en un sitio retirado.
- EUGEN. El arte de los boleros  
 no hace la ventura mia...  
 y ahora recuerdo, tenia  
 que bailar unos lanceros.  
 Me olvidé.
- LUIS. Para mí es  
 tambien una penitencia  
 el poner la inteligencia  
 al servicio de los piés.
- TERESA. Con mucha razon ó poca  
 contra el baile se habla en vano,  
 pues baila el género humano  
 siempre al son que se le toca.
- EUGEN. Dígalo la animacion  
 que reina en esos salones.
- TERESA. No tiene esto pretensiones  
 de baile; doy la reunion  
 por mis hijos solamente;  
 reunion franca y amistosa:  
 no fuera cuerdo otra cosa

- estando mi esposo ausente.
- EUGEN. (Ahora veré si me engaña Vega.)
- TERESA. Ese objeto he tenido.
- EUGEN. Mas, señora, su marido de usted se encuentra en España.
- TERESA. ¡En España!
- EUGEN. (Todo es cierto.)
- LUIS. Ya la sorpresa se explica que en su carta nos indica. No sé si sueño despierto.
- TERESA. (¡Dios mio! ¿Será verdad?)
- EUGEN. ¿Qué le extraña á usted, señora?
- TERESA. ¿A mí?... Nada.
- LUIS. (Aparte á Teresa.) ¡Pero llora usted!
- TERESA. (A Luis.) De felicidad Despues de tan larga ausencia en mí tal fortuna cabe... ¿Usted de cierto lo sabe?
- EUGEN. Está en *La Correspondencia*.  
(Coge el periódico y lee como indica el diálogo.)  
«El ministerio...» No es esto.  
«Un periódico...» Adelante.  
«Se ha cubierto la vacante...»  
«Un accidente funesto...»  
«Lista...» Mire usted el nombre.
- TERESA. El mismo, Benitez Mesa
- LUIS. Nos ha dado la sorpresa.
- TERESA. Permita usted que me asombre, porque, á la verdad no veo cómo puede haber venido, pues su carta...
- RUGEN. La ha traído el mismo vapor-correo.
- LUIS. Querrá causar emociones.
- TERESA. Sí: nada de extraño tiene... Mas no acierto por qué viene sin consultar sus acciones.
- LUIS. ¡Le juzga usted informal!

TERESA No me voy á resentir  
por eso; quiero decir  
que él es siempre original.

## ESCENA XII.

TERESA, LUIS, EUGENIO y DOLORES.

LUIS. (A Dolores ) Comparte nuestro placer.  
DOLOR. ¿Yo?  
LUIS. ¿No sabes que vendrá  
dentro de poco el papá?  
DOLOR. ¿Le vamos á conocer?  
LUIS. Hace ya bastantes años  
que yo tengo ese deseo.  
EUGEN. Hasta despues: ahora creo  
que aquí sobran los extraños.  
TERESA. ¿Se marcha usted?  
EUGEN. Nunca abusa  
mi afecto: hasta luego, Lola.  
DOLOR. Nó me da una excusa sola,  
nada: ni una sola excusa.

## ESCENA XIII.

TERESA , DOLORES y LUIS.

LUIS. No sé expresar el consuelo  
que su venida me ofrece;  
pero ¿qué es esto? Parece  
que están ustedes de duelo.  
TERESA. Yo estoy bastante cansada;  
tanta confusion me aburre.  
LUIS. ¿Y á tí, dime, qué te ocurre?  
DOLOR. Nada; yo no tengo nada.  
LUIS. Debes desechar enconos.  
DOLOR. ¿Que debo yo desechar?  
LUIS. ¿Si pretenderás negar  
que Eugenio y tú estais de monos!  
DOLOR. Te engañas.  
LUIS. Lo juraria,

pues tengo datos certeros:  
la culpa es de unos lanceros.  
¡Pícara caballería!

DOLOR. ¿Quién te ha dicho?...

LUIS. (A Teresa.) Ya concede  
que no me falta razon.

TERESA. ¿Cuál ha sido la cuestion?

DOLOR. No lo sé.

TERESA. ¿Quién saber puede  
entónces?

LUIS. Oye, Dolores;  
si son celos tus desvelos,  
aprenderás que los celos  
son la sal de los amores.

DOLOR. ¿Si querrás dejarme?

TERESA. Niña,  
ese tono no es prudente  
con tu hermano.

DOLOR. Solamente  
me falta que usted me riña.

TERESA. Pero, ¿te vas á marchar?

LUIS. A no embromarte me avengo.

DOLOR. Me voy con la abuela. (Tengo  
unas ganas de llorar...)  
(Se marcha por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA XIV.

TERESA y LUIS.

TERESA. Pronto empieza á padecer  
su inocente corazon.

LUIS. Sí: mas llora sin razon  
muchas veces la mujer.

TERESA. Fuéramos felices séres,  
pero el hombre nos gobierna  
tan mal...

LUIS. La cuestion eterna:  
los hombres y las mujeres.  
Con fé su idea propala  
cada sexo que señalo,

la mujer dice—El es malo,  
y el hombre dice—Ella es mala.  
Y como ninguno halle  
justa la causa enemiga,  
de aquí que el pleito prosiga  
sin encontrar quien lo falle.

## ESCENA XV.

TERESA, LUIS, EUGENIO y ANTONIO.

EUGEN. (¡Ah! No está ya!)

TERESA. (A Eugenio) Usted prefiere  
esta sala á la primera.

EUGEN. A Vega encontré allá fuera  
y hablando... hablando...

TERESA. (La quiere.)

ANT. Sí: yo le hube de indicar  
que se viniera conmigo;  
y como es tan buen amigo  
no le tuve que rogar.

EUGEN. Hablas en tono burlon.

ANT. Sofocarte no es mi intento;  
mas si digo lo que siento,  
contemplando tu emocion  
tan poco disimulada,  
deduzco con causa justa  
que algo de allí te disgusta,  
ó que algo de aquí te agrada.

EUGEN. (Sonriendo de mala gana.)

Pero, ¿cómo has conocido?

ANT. Deja esa sonrisa seria,  
porque yo en esta materia  
soy un hombre muy curtido.  
En tratándose de amores  
huelo el menor incidente.

LUIS. (¡Qué tipo tan imprudente!)

TERESA. Voy á buscar á Dolores.

(Se marcha por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA XVI.

LUIS, EUGENIO y ANTONIO.

- ANT. Pero aún no sé á ciencia fija  
cuál de ellas tiene el honor...  
¿A quién haces el amor,  
á la madre ó á la hija?
- EUGEN. ¡Ah, no le conoce!
- ANT. Ahora  
noto que estuve imprudente  
refiriendo de repente  
la historia de esa señora.
- EUGEN. Pero...
- LUIS. No estaba delante,  
y saber la historia espero.
- ANT. ¡Tambien este caballero  
ha sido siempre estudiante!
- EUGEN. El señor... (Insistiendo por evitar un conflicto).
- LUIS. Si usted le acusa  
no dejará que termine.
- ANT. El asunto se define  
en seguida, hablando en prosa.  
Mendez amistoso abrigo  
á Teresa prometió,  
y dicen que consiguió  
ser luego más que un amigo.
- LUIS. ¡Infame! (Asiéndole por el brazo.)
- ANT. ¡Qué!
- EUGEN. No gritar.
- LUIS. Me está pareciendo mengua  
el no arrancar esa lengua  
que se atreve á murmurar.
- EUGEN. Calma.
- LUIS. ¿Cómo tener calma  
si para martirio eterno  
estoy mirando el infierno  
que se me ha entrado en el alma?
- ANT. ¿Será el hijo?
- LUIS. Sin que él muera

ó mi corazón taladre,  
no puedo ver que á mi madre  
ofenda de esa manera.

ANT. (¡Le he dado un golpe cruel  
sin comprender lo que hacia!)

EUGEN. El á usted no conocía.

LUIS. Entiéndase usted con él.

EUGEN. Antonio... (Acercándose á él.)

ANT. Voy á buscar  
quien me sirva de padrino.

(Al ver á Mendez que llega por la puerta de la derecha  
¿Qué te parece? Este opino  
que me puede apadrinar.)

## ESCENA XVII.

LUIS, EUGENIO, ANTONIO y JUAN.

EUGEN. ¿Podrás hablar formalmente  
alguna vez en tu vida?

LUIS. (¡Qué intempestiva venida!)

JUAN? ¿Qué trama esta buena gente?

EUGEN. Nada.

JUAN. (Dirigiéndose á Antonio.)

Pues juntos nos vemos,  
yo, que cumplo lo que digo,  
presento á usted á mi amigo..

(Señalando á Luis.)

ANT. (Interrumpe á Juan.)

Gracias, ya nos conocemos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion del acto anterior: es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

EUGENIO y ANTONIO.

EUGEN. Tú murmuras por costumbre,  
y más tarde ó más temprano  
tenias por precision  
que encontrarte en este caso.

ANT. ¡Qué remedio!

EUGEN. ¡Y es tan grave  
la ofensa! ¡Pobre muchacho!

ANT. Eugenio, estoy convencido  
de que hubo falta de tacto  
por mi parte, pero el otro  
se fué muy pronto á las manos.

EUGEN. ¡Y tú extrañas su conducta!  
¡Qué hubieras hecho en su caso?

ANT. Lo que él hizo exactamente;  
de la razon no me aparto,  
y encuentro naturalísimo  
todo lo que aquí ha pasado.

EUGEN. Pero, Antonio, ¿es imposible que el lance se lleve á cabo? Tú le has ofendido...

ANT. Mira,  
Eugenio, no discutamos; cuando se enredan las cosas como aquí se han enredado, hay que tomar el partido de echarlo todo á barato, y aparentar que no importa visitar el otro barrio.

EUGEN. Medita bien el asunto ; ve que es preciso zanjarlo sin que se enteren las gentes.

ANT. Convence á tu apadrinado de que el duelo que propone va á dar que reir al diablo, porque con él no se logra más que aumentar el escándalo, y si se aviene á razones, y me ofrece un desagravio, yo prometo...

EUGEN. ;Pero, Antonio, tú quieres que él ceda!

ANT. Claro:  
mi ofensa ha sido indirecta; la suya, por el contrario, es personal y muy grave, y le toca por lo tanto...

EUGEN. Sí, colocarte la venda cuando es el descalabrado.

ANT. Despues que oiga sus disculpas confesaré que soy algo hablador, y que me pesa haberle proporcionado un disgusto, repitiendo lo que dicen por lo bajo, las personas que conocen á Teresa y Mendez Prado. Con esto estendeis un acta

los padrinos, la firmamos,  
se le echa tierra al asunto  
y quedamos como hermanos.

EUGEN. ¿Y piensas que ha de avenirse?...

ANT. Pues si quiere ir despachando  
á cuantas personas duden  
de que Mendez es un santo  
baron, que por puro afecto  
quiso otorgarle su amparo,  
te digo que el pobre tiene  
ocupacion para rato.

EUGEN. ¿Pero en qué fundan sus juicios  
los que murmurán?

ANT. ¡Qué cándido  
eres cuando te conviene!

EUGEN. ¡Qué yo soy!...

ANT. Muy poco franco.

EUGEN. ¡Me ofendes!

ANT. No, no tengamos  
un nuevo disgusto, Eugenio;  
yo te hablé así, confiado  
en la amistad que nos une  
desde hace bastantes años;  
si te dás por ofendido  
retiro la ofensa y callo.

Respecto al duelo, ya sabes  
que tiene poderes ámplios  
el brigadier Montenegro.  
¿Procurareis arreglarlo  
al punto?

EUGEN. Yo no quisiera...

ANT. Conque... hasta dentro de un rato.

(Se marcha por la puerta de la derecha.)

## ESCENA II.

EUGENIO.

No cede en su obstinacion:  
me encarga Luis de arreglar  
el duelo, sin recordar

mi difícil situación.  
 El llora su fé perdida  
 con tan amarga enseñanza,  
 y yo pierdo la esperanza  
 más risueña de mi vida,  
 porque me causa sonrojos  
 llegar á ser el marido  
 de una mujer que ha tenido  
 tal ejemplo ante sus ojos.  
 Sé que es buena... ¡y es sincero  
 el amor que me profesa!  
 Ahora que su amor me pesa  
 conozco cuanto la quiero.  
 ¿Pero quién esto concilia?  
 Mi madre siempre tan buena  
 ha de sentir honda pena  
 al unirse á esta familia.  
 Y las gentes, con cinismo  
 dirán, manchando mi honor  
 «No se casa por amor;  
 se casa por egoísmo.»  
 Nada, mi orgullo no abdica,  
 aunque la paz no recobre  
 el alma... ¡Si fuera sobre  
 Dolores!... pero es tan rica  
 que, con un pesar profundo  
 yo no puedo... yo no quiero...  
 ¡Y aseguran que el dinero  
 lo puede todo en el mundo!

### ESCENA III.

EUGENIO y DOLORES.

DOLOR. ¿Sigue usted tan retirado?  
 Le dejo á usted.

EUGEN. Por favor...

DOLOR. Solo, estará usted mejor  
 que tan mal acompañado.

EUGEN. Rogando con insistencia  
 que me escuche usted espero.

DOLOR. Ha puesto usted tanto esmero  
en esquivar mi presencia  
esta noche, que con justo  
motivo quiero marcharme,  
pues pienso que al retirarme  
evito á usted un disgusto.

EUGEN. Siento escuchar ese tono  
que usa usted ahora conmigo  
y me duele á fé de... amigo  
tener que aumentar su encono.

DOLOR. Disculpando sus acciones...

EUGEN. Es fuerza hacer lo contrario:  
sepa usted que es necesario  
cortar nuestras relaciones.  
Sorprende á usted este brusco  
arranque y, aunque me pesa,  
yo comprendo su sorpresa  
y mi disculpa no busco,  
pues es tal la confusion  
que mis sentidos abate.  
que ofendo á usted cuando late  
amante mi corazon.

Debo por fuerza apagar  
el amor que me extasía  
y sin ser la culpa mia  
no me puedo disculpar.

DOLOR. Escucho á usted tan confusa  
que, áun cuando le estoy oyendo,  
ni lo que me dice entiendo  
ni acierto de qué me acusa.  
Olvide usted mi pasion  
por más que me mortifique,  
pero le ruego que explique  
esta oscura situacion.

EUGEN. No debo, aunque mal me cuadre,  
hacer lo que usted propone.

DOLOR. ¿Quién á nuestro amor se opone?

EUGEN. Su madre de usted.

DOLOR. ¡Mi madre!

Eugenio, es una quimera

la que indica usted ahora.

EUGEN. Se opone aun cuando lo ignora.

DOLOR. ¿Sí?

EUGEN. (No sospecha siquiera  
lo que ocurre.)

DOLOR. Yo hablo en serio.

sin ver en mi turbacion  
que ha buscado esta ficcion  
para ocultar el misterio.

Ya escucho su negativa,  
y yo por ella no paso.

EUGEN. ¡Qué remedio! En este caso  
tuve muy pobre inventiva.

DOLOR. Le suplico á usted que al punto  
explique sin divagar  
su conducta.

EUGEN. Terminar  
es preciso. Es el asunto  
que, áun cuando en amor me absorbo,  
aquí sofocarlo pienso,  
que hay un obstáculo inmenso  
entre nosotros.

(Juan entra en escena por la puerta de la izquierda y se  
acerca á Dolores y Eugenio, colocándose entre ambos.)

## ESCENA IV.

DOLORES, EUGENIO Y JUAN.

JUAN. (En tono de broma.) ¡Estorbo?

DOLOR. (Sorprendida y disimulando.)

¡Estobar! ¡Qué desatino!

EUGEN. Es usted lo más chancero...

JUAN. Nada; si estorbo no quiero  
detenerme en el camino.

DOLOR. ¿Y mi abuela? ¡qué capricho!  
¿aún vela?

JUAN. De eso venia.

DOLOR. Tambien le hice compañía  
un buen rato.

JUAN. Me lo ha dicho.

EUGEN. (No sé cómo me sincere.)

DOLOR. ¡Ah! la mamá preguntaba  
hace poco dónde estaba  
usted.

JUAN. ¿Sabes lo que quiere?

DOLOR. No.

JUAN. Voy á ver si me inicia  
el asunto.

DOLOR. ¿Usted sabrá  
la venida de papa?

JUAN. ¡Quién ha dado esa noticia!

EUGEN. Yo no he sabido hasta ahora...

Voy á ver á esa señora.

(Ya pareció la sorpresa.)

(Va á salir de escena por la puerta de la derecha al  
mismo tiempo que entra Luis.)

## ESCENA V.

DOLORES, JUAN, EUGENIO Y LUIS.

JUAN. Vuelvo al instante á tu lado.

(En tono muy cariñoso.)

Tengo que darte un disgusto:  
prepárate.

LUIS. No me asusto,  
puedo pagarlo al contado.

## ESCENA VI.

DOLORES LUIS y EUGENIO.

EUGEN. (Acercándose á Luis.)

(¿Qué hay?)

LUIS. (A las cinco en camino.)

EUGEN. (¡Qué fatal obstinación!

¿No hay medio?...)

LUIS. (En mi habitación

espera el otro padrino.)

Dolores, estás cansada

y pudieras retirarte.

DOLOR. No.

LUIS. ¿Quieres acostumbrarte  
á esta existencia agitada?

EUGEN. Habla con razon su hermano.

LUIS. Ya despidió á esos señores...

EUGEN. A los piés de usted, Dolores.

LUIS. Adios.

DOLOR. Beso á usted la mano.

(Luis acompaña á Eugenio hasta la puerta de la derecha.)

EUGEN. (Si viera usted cuánto siento  
no arreglar...)

LUIS. (De ningun modo.)

DOLOR. ¡Se marcha y termina todo,  
aunque ignoro el fundamento!

## ESCENA VII.

DOLORES y LUIS.

LUIS. (Se fija en Dolores y le pregunta cariñosamente:)

¿Qué tienes, Dolores?

DOLOR. Nada.

LUIS. Tu llanto quiere brotar  
y pretendes ocultar  
que te encuentras agitada.

DOLOR. Si mis ojos han hablado,  
¿por qué evito explicaciones?  
Han muerto mis relaciones  
con Eugenio Maldonado.

LUIS. ¿Es verdad?

DOLOR. Con gran dolor,  
y en tono grave y conciso,  
ha dicho que era preciso  
que acabase nuestro amor:  
aunque á su pasion no cuadre,  
piensa olvidarse de mí  
y afirma, al obrar así,  
que le obliga nuestra madre.

LUIS. ¡Eso dice! (Ya comprendo...)

DOLOR. Te asombras, pero no indicas  
de qué manera te esplicas

lo que te voy refiriendo.

LUIS. Yo ignoro...

DOLOR. Dí, francamente,  
si sabes...

LUIS. Ni una palabra.

DOLOR. Esto mi desdicha labra.

LUIS. (¡Una víctima inocente!)

DOLOR. ¡Quién hubiera presumido  
tal accion!

LUIS. ¡Pobre Dolores!

De tus primeros amores  
debe quedarte el olvido.

DOLOR. ¡Tan sólo el olvido! Cesa  
si esos consuelos ofreces.

LUIS. ¡Ay! hermana, no mereces  
el mal que sobre tí pesa.

## ESCENA VIII.

DOLORS, LUIS y TERESA.

TERESA. ¿Aun estás en pié?

DOLOR. Ya voy  
á retirarme.

LUIS. ¿Se fueron  
todos?

TERESA. Sí.

LUIS. ¿Mendez tambien?

TERESA. No; se detendrá un momento.

DOLOR. ¿Ha visto usted á Maldonado?

TERESA. ¡Ah! sí ¿qué le pasa á Eugenio?  
Le encontré cuando venia  
y se despidió tan sério,  
tan triste...

LUIS. Sí: con Dolores  
tuvo un disgusto.

TERESA. ¡Era cierto!

DOLOR. Me ha exigido que renuncie  
al cariño que le tengo.

TERESA. ¡Qué ofensa!

DOLOR. Pero usted puede

poner á mi mal remedio.

TERESA. Dime lo que puedo hacer  
porque yo no lo comprendo.

LUIS. Nada.

DOLOR. ¿Por qué? Yo he notado  
que abriga algunos recelos  
hácia usted.

LUIS. Son presunciones  
tuyas.

DOLOR. Te digo que acierto.  
El teme que usted responda  
á su afecto con desprecio.

TERESA. Su temor es infundado  
y haré todos los esfuerzos  
posibles, para que vea  
que no rechazo su afecto.

DOLOR. ¡Qué cariñosa es mi madre!  
Vámos; déme usted un beso.

TERESA. Zalamera. (Da una media el rélo.) Son las cuatro  
y media. ¿No tienes sueño?  
Debes irte á descansar.

DOLOR. Presumo que pierdo el tiempo;  
se me pasarán las horas  
combinando mis proyectos.  
Dígame usted. ¿Y si no  
logramos lo que queremos?

LUIS. No confias.

TERESA. No la aflijas  
antes de saber el éxito.

DOLOR. (Besando á Teresa.)  
Buenas noches.

TERESA. Que descanses.

DOLOR. (Haciendo una caricia á Luis.)  
Malpensado.

LUIS. Harto lo siento.

(Dolores se entra por la puerta del foro derecha y cierra  
por dentro con llave.)

## ESCENA IX.

TERESA y LUIS.

TERESA. La pobre se halla afligida  
y comprendo su afliccion;  
es la primera ilusion  
que llora desvanecida.

LUIS. ¡Qué remedio!

TERESA. Yo imagino,  
pues su temor no es fundado,  
que ha de volver Maldonado  
otra vez al buen camino.

LUIS. Nada espere usted.

TERESA. Pudiera...  
Los males tienen remedios  
y quiero poner los medios...

LUIS. No lo piense usted siquiera.

TERESA. Siendo de un hijo en servicio  
yo no encuentro nada extraño.

LUIS. Pero suele hallar un daño  
el que busca un beneficio.

TERESA. Tal resultado no espero.

LUIS. Maldonado hablar evita.

TERESA. Mi comision se limita  
á probarle que le quiero.

LUIS. Lo que usted muy fácil halla  
es un imprudente paso:  
le pondrá usted en el caso  
de que diga cuanto calla.

TERESA. Bueno; dirá lo que piensa.

LUIS. No trate usted...

TERESA. No concibo  
tu agitacion.

LUIS. El motivo  
es para usted una ofensa.

TERESA. Vé que estoy interesada  
en conocer la verdad  
hijo, calma mi ansiedad.

LUIS. Yo no debo decir nada.

- TERESA. Comprende que este secreto de tu obediencia decide.
- LUIS. Nunca, madre; usted me pide que yo le falte al res peto.
- TERESA. ¿No hablarás?
- LUIS. De ningún modo.
- TERESA. Tu silencio no conviene.
- LUIS. Hay quien supone que tiene usted la culpa de todo.
- TERESA. Luis, tu madre á hablar te obliga.
- LUIS. Madre, el mundo ha sospechado que no es un afecto honrado el que con Mendez nos liga.
- TERESA. ¡Qué!... No pude ni soñar...  
¡Y tienes tan poca fe!...
- LUIS: No, señora; yo no sé...  
yo no lo quiero pensar;  
pero desde que he sabido lo que produce mi pena el nombre de Mendez suena constantemente en mi oído, y en esta lucha que siento y en este dolor sin nombre no sé si debo á tal hombre amor ó aborrecimiento.  
Verdades claras, desnudas, el alma saber ansía, porque tengo, madre mia, el alma llena de dudas.
- TERESA. Que tú le puedes odiar fácilmente se comprende; ¡el hijo que así me ofende á quién puede respetar?
- LUIS. Yo no quiero que mi lloro produzca en usted espanto: comprenda usted que mi llanto solo dice que la adoro ; que no sé lo que me pasa, que mi razon se oscurece, y que á veces, me parece,

- que me deshonorra mi casa.
- TERESA. A tu loca ceguedad  
nada puedo responder,  
pues sella el labio un deber  
que apoya mi dignidad.  
Si yo no escucho con calma  
lo que en mi desdoro piensas  
es porque hallo en tus ofensas  
la medida de tu alma.
- LUIS. Ruego por lo que más ame  
que la respuesta no eluda.
- TERESA. Luis, quien de su madre duda  
tiene un corazon infame.
- LUIS. No miente esa indignacion:  
madre, insúlteme usted mucho;  
que á cada insulto que escucho  
se me ensancha el corazon.  
Hable usted, que ansioso espero  
la explicacion que rehusa;  
una palabra, una excusa.
- TERESA. Ni puedo darla, ni quiero.
- LUIS. ¿Por qué entre usted y mi padre  
hay la discordia que noto?  
¿Por qué dicen que yo exploto  
la deshonorra de mi madre?
- TERESA. Luis, mira con ojos fijos  
mi honra por tu lengua herida,  
recuerda que Dios no olvida  
las injurias de los hijos...  
Si el mundo mi alma acibara  
con un pensamiento inmundo,  
tú, más criminal que el mundo  
me lo arrojas á la cara.
- LUIS. ¡Perdon! ¡Perdon, madre mia!  
Es tan grande mi afliccion,  
que observo que mi razon  
por momentos se extravía.  
Siendo usted todo mi anhelo,  
me siento tan abrumado  
como si hubiera encontrado

un desengaño en el cielo.  
 Se agita en mi mente un mar  
 de pensamientos hirvientes;  
 siento que tengan las gentes  
 lenguas para murmurar.  
 Mi imaginacion, propensa  
 á encontrar mucho en la nada,  
 sorprende en cada mirada  
 y en cada frase una ofensa.  
 ¡El mundo me tiene en poco!

TERESA. Calla: la lengua desatas  
 sin comprender que me matas.

LUIS. ¡Si no puedo! ¡Si estoy loco!

TERESA. Juan se acerca.

## ESCENA X.

TERESA, LUIS y JUAN.—El último entra por la puerta de la derecha  
 abrochándose el gaban, como quien se dispone á salir á la calle.

JUAN. ¡Qué sucede?

TERESA. Nada de particular.

JUAN. Me ha parecido escuchar  
 voces...

TERESA. No sé... pero puede...  
 ¿Se va usted?

JUAN. No tenga empeño  
 en que me vaya á dormir,  
 pues espero conseguir  
 que éste desarrugue el ceño.

LUIS. No es fácil.

JUAN. Usted dispense.  
 ¿Qué mal hierba has pisado?  
 Parece que has heredado  
 la cara de algun trapense.

TERESA. (Si ahora la cuestion inicia...)

LUIS. (Nunca estuve tan violento.)

JUAN. Vas á quedarte contento  
 si te doy una noticia.  
 (Hace que busca algo en sus bolsillos.)

LUIS. Puede ocurrir lo contrario.

- TERESA. (Tratando de evitar un choque.)  
Suspenda usted el registro.
- JUAN. Por encargo del ministro  
me ha dado el subsecretario  
la credencial que has de ver:  
tu traslacion es un hecho.
- LUIS. Diga usted: ¿con qué derecho  
me puede usted proteger?
- TERESA. Calla, Luis; calla, te digo,  
y no aumentes mi afliccion.
- JUAN. ¡Rechazas mi proteccion!  
¿No soy tu mejor amigo?
- TERESA. Deje usted...
- JUAN. Habla, y no llores.  
Te miro, y no me convenzo...
- LUIS. Sépalo usted: me avergüenzo  
de recibir sus favores.
- TERESA. No digas tal desvarío;  
márchate.  
(Luis vacila, pero mira el reló que hay sobre la chimenea, hace un esfuerzo visible y se marcha por la puerta de la derecha.)
- JUAN. No; Luis, detente.
- TERESA. Déjalo, que está demente.
- LUIS. ¡Qué horrible duda! ¡Dios mio!

## ESCENA XI.

TERESA y JUAN

- JUAN. Pero dime lo que ocurre.
- TERESA. Juan, no lo quieras saber.
- JUAN. Conociendo que me tienes  
en una ansiedad cruel  
no me explicas las palabras  
de tu hijo.
- TERESA. Luego... despues...
- JUAN. ¿Es una desdicha?
- TERESA. Enorme.
- JUAN. Sépala yo de una vez.
- TERESA. Si se resisten mis labios

- JUAN. á decir lo que escuché.  
 ¡Por Dios Teresa!
- TERESA. Mi hijo  
 duda de nuestra honradez.  
 ¡Piensa que somos amantes!
- JUAN. Esto es horrible, ¡El también!
- TERESA. El es el eco del mundo  
 que nos infama.
- JUAN. Lo sé.
- TERESA. ¡No me has dicho!...
- JUAN. Procurando  
 mirar siempre por tu bien,  
 he ocultado el *recto* fallo  
 de tan *inflexible* juez.
- TERESA. ¡Qué hacer en este conflicto!
- JUAN. Nada podemos hacer.

## ESCENA XII.

TERESA, DOLORES y JUAN.

- DOLOR. (Entra muy agitada por la puerta de la derecha )  
 Mamá, mamá.
- TERESA. ¿Qué sucede?
- DOLOE. Es horrible lo que pasa.
- TERESA. Hija la ansiedad me abrasa;  
 habla pronto.
- JUAN. Si no puede.
- TERESA. Nuestra zozobra conoces.
- DOLOR. Trato de calmarme en vano.  
 En el cuarto de mi hermano  
 escuché distintas voces;  
 entre ellas, por el sonido  
 la de Eugenio conocia  
 y sin pensar lo que hacia,  
 fui allá, apliqué el oído...
- JUAN. Mas ¿qué pudo suceder?
- TERESA. Prosigue sin detenerte.
- DOLOR. Mi hermano se bate á muerte  
 con Vega al amanecer.

JUAN. ¡Y ya está rayando el día!

TERESA. Esta noticia me mata:  
parece que se desata  
el infierno en contra mía.

DOLOR. Saldrán para el desafío  
á las cinco.

JUAN. ¡Qué he de hacer?

TERESA. No se puede desprender  
de que es un pedazo mio;  
le pintaré el desconsuelo  
en que quedamos tres séres;  
recordaré sus deberes;  
hablaré de Dios, del cielo,  
que es imposible que asista  
al que se bate sin fé...  
en fin no sé lo que haré  
para lograr que desista

DOLOR. Sí, sí, por la Virgen, traten  
de que no exponga su pecho.

JUAN. Dirá que con qué derecho  
quiero impedir que le maten.

TERESA. Se oyen pasos.

JUAN. ¡Qué tormento!

DOLOR. Mamá, por Dios, que se ván

TERESA. No hija mía, no se irán  
mientras que me quede aliento.

(Se dirige precipitadamente hácia la puerta de la derecha.)

¡Luis! ¡Hijo!

DOLOR. ¡Cuánto me aflijo!

JUAN. En suspenso mi alma tiene.

TERESA. Ya viene

JUAN. ¿Sí?

TERESA. Sí, ya viene,  
ya no me matan á mi hijo.  
(Luis aparece en la puerta de la derecha.)

## ESCENA XIII.

TERESA, DOLORES, JUAN y LUIS.

DOLOR. Oyenos, Luis.

TERESA. Pasa, pasa.

JUAN. Es preciso detenerte.

LUIS. ¿Qué?

TERESA. Vas á buscar la muerte  
si te alejas de esta casa.

*(Teresa y Dolores tratan de sujetar á Luis.)*

LUIS. ¿Y qué me importa la vida?

Libertad quiero, la exijo;  
no hay barreras para el hijo  
que vé á su madre ofendida.

DOLOR. Cálmate.

LUIS. ¡Y eso deseas!

Un hombre ultrajó su honor.

DOLOR. Es un vil calumniador.

TERESA. ¡Ay, hija! bendita seas.

JUAN. Oye.

LUIS. Me tiene agitado  
esta duda sorda y ciega.

JUAN. Es un miserable Vega.

DOLOR. No des crédito á un malvado.

LUIS. Quiero saciar mi furor;  
porque es justo castigar  
al que ha turbado en mi hogar  
la honra, la paz y el amor.

*(Teresa le coge para detenerle: él hace esfuerzos por marcharse.)*

JUAN. ¡Luis!

LUIS. Usted es hombre, es fuerte ..

TERESA. Yo me opondré con ahinco.

*(El reló da las cinco.)*

DOLOR. ¡Ah! ¡Las cinco!

TERESA. ¡Qué! ¡Las cinco!

LUIS. *(Ya está esperando la muerte.)*

TERESA. No te irás.

DOLOR. ¡Luis!

- LUIS. Es en vano.  
 JUAN. Pide un plazo.  
 LUIS. Mi sangre arde.  
 TERESA. ¡Ay, hijo!  
 LUIS. Madre, es muy tarde.  
 (Ha logrado desasirse de Teresa y Dolores, y se marcha precipitadamente, cerrando tras sí la puerta de la derecha.)  
 DOLOR. Hermano, detente, hermano.

## ESCENA XIV.

TERESA DOLORES y JUAN.

- TERESA. (Dando golpes en la puerta.)  
 ¡Abre, hijo! ¡Empeño homicida!  
 ¡Ay! Nadie á pasar acierta.  
 ¡A mí! Cerrando esta puerta  
 se abre las de la otra vida.  
 DOLOR. (Dirigiéndose á la puerta del foro derecha.)  
 Por aquí... Si la he cerrado  
 yo misma, aunque mal me cuadre.  
 TERESA. Por la casa de mi madre,  
 salgamos por ese lado.  
 (Repite la hora el reló; Teresa trata de salir de escena, pero la abandonan sus fuerzas: Dolores la sostiene y la sienta en un sillón.)  
 DOLOR. Corra usted á evitar el mal.  
 JUAN. Mi vida por ello diera.  
 TERESA. Y si muere, que no muera  
 creyéndome criminal.  
 (Juan se marcha por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA XV.

TERESA y DOLORES.

- DOLOR. ¡Ya partió!  
 TERESA. Niña querida.  
 DOLOR. Madre, no encuentro consuelo.  
 TERESA. Ruégale, ruégale al cielo  
 que nos le vuelva con vida.  
 (Dolores cae de rodillas.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

---

# ACTO TERCERO.

---

La decoracion misma de los actos anteriores: es de dia.

## ESCENA PRIMERA.

DOLORES.

A cada ruido que escucho  
me parece que alguien llega  
(Mirando hácia la puerta de la derecha.)  
¡Ah! ¡mi madre! ¡pero sola!  
¡pobre alma de angustias llena!  
Quiero salir á su encuentro;  
(Deteniéndose.)  
la esperaba y temo verla.

## ESCENA II.

TERESA y DOLORES.

TERESA. ¡No vino nadie!  
DOLOR. Estoy sola  
tres horas que han sido eternas.  
TERESA. ¿Juan no ha vuelto?  
DOLOR. No señora.  
TERESA. No puedo más.  
DOLOR. ¿Qué?  
TERESA. No creas

que traigo malas noticias,  
al contrario, si pudiera  
aun evitarse ese duelo  
maldito, mis diligencias  
lo evitaran: yo he corrido,  
llamando de puerta en puerta  
como una loca, en las casas  
de autoridades que piensan  
que aun no se habrá consumado  
el duelo que nos aterra.

DOLOR. No haga usted tales esfuerzos  
por aparecer serena;  
si está usted muerta de angustia:  
llore usted, llore y no tema  
afligirme ;madre mia!

(Abrazándola.)

así se calman las penas,  
(Entra un criado por la puerta de la izquierda.)

CRIADO. La señora llama.

TERESA. ;Cómo!

DOLOR. Dice que llama mi abuela.

TERESA. ¿Está mala?

CRIADO. No señora.

(El criado se marcha por la derecha.)

Temo que el dolor me venda  
y mi madre sepa el lance.  
;Tienes tú más entereza?

DOLOR. Puede.

TERESA. (Enjugándole los ojos.)

Sécate los ojos.

DOLOR. Voy á ver... pero si llega  
Mendez...

TERESA. Yo buscaré el medio  
de avisarte en cuanto vuelva.

(Sale Doñores de escena por la puerta de la izquierda.)

### ESCENA III.

TERESA.

Quiero que mi madre ignore  
este duelo: si supiera

el motivo... acaso entonces  
 peligrara su existencia.  
 ¡Ay! Dios mio! Si parece  
 imposible que haya fuerzas  
 para resistir á tantos  
 males como me rodean.  
 ¡Hijo mio! Quiero verle;  
 quiero hablarle, aunque me ofenda  
 con las dudas espantosas  
 que su corazon sublevan.  
 Pero vive? ¿Acaso puede  
 decir injurias su lengua?  
 Señor, haced que yo salga  
 de esta situacion horrenda,  
 que vuelva Luis á mis brazos,  
 que pueda ver que aun-alienta...  
 y despues, cúmplase en todo  
 vuestra voluntad suprema.

## ESCENA IV.

TERESA y JUAN.

JUAN. (Entra por la puerta de la derecha y se para al ver la  
 actitud de Teresa.)

¡Reza y llora! Su afliccion  
 detiene mi paso incierto;  
 quizás para siempre ha muerto  
 la paz de su corazon.

TERESA. (Viendo con sorpresa á Juan.)

¿Vive mi hijo? Con verdad,  
 dime lo que ha sucedido.

JUAN. ¿Es cierto que no ha venido!

TERESA. Habla y calma mi ansiedad

JUAN. Ignoro cual es la suerte  
 de Luis.

TERESA. Por piedad responde;  
 en tu agitacion se esconde  
 el mensaje de su muerte.

JUAN. No es cierto.

TERESA. Penas agudas

- han dominado tu calma.
- JUAN. Es porque llevo en el alma  
un semillero de dudas.  
Salí turbado é inquieto  
por la gravedad del caso;  
tomé el coche y al acaso  
corrí sin lograr mi objeto.  
Cuando con pena cruel  
toda esperanza perdía  
supe que Luis se batía  
en las dehesas de Amanié.  
Fuí: un silencio profundo  
en aquel sitio reinaba;  
me pareció que no estaba  
en un pedazo del mundo.  
Entonces...
- TERESA. Sigue, que aguardo.
- JUAN. Ví del sol á los reflejos  
que un campesino á lo lejos  
labraba con paso tardo:  
le pregunto; á mis suspiros  
su sorpresa al rostro asoma  
y dice: «Tras de esa loma  
han sonado algunos tiros.»  
Corrí allá, llegué sin vida  
y aun el recuerdo me aterra;  
sólo ví sangre en la tierra  
que se hallaba removida.
- TERESA. ¡Sangre!
- JUAN. Si.
- TERESA. ¡Qué desventura!  
El pobre hijo de mi amor  
no ha escuchado en tu dolor  
ni una frase de ternura.
- JUAN. Tu imaginacion avanza.
- TERESA. ¡Mi hijo muerto en desafío!
- JUAN. Teresa, en el pecho mio  
no se extingue la esperanza.
- TERESA. ¡Si viviera!.. ¡El homicida!..  
¡Qué horrible su vida fuera

con esa mancha!

JUAN. Dios quiera  
que haya salvado su vida.

TERESA. Pero la ansiedad me abrasa.  
¿Cómo salir de este estado?

JUAN. Voy á ver si Maldonado  
ha regresado á su casa.

TERESA. Tu que sabes mi impaciencia  
calma pronto mi deseo,  
pues te aguardo como el reo  
que aun ignora su sentencia.

(Esta ultima redondilla la dice acompañando á Juan hasta la puerta dela derecha.)

## ESCENA V.

TERESA y DOLORES.

DOLOR. Mamá, la abuelita llama.

TERESA. ¿Me llama? ¿Qué ha sucedido?

DOLOR. Sabe que Luis se ha batido  
con uno que á usted infama.

TERESA. ¿Qué dices?

DOLOR. Qué está impaciente  
y que llora conmovida  
por Luis que expone su vida  
cuando usted es inocente.

TERESA. ¡Pobre madre!

DOLOR. De tal modo  
le aflige esta desventura,  
que se exalta y asegura  
que ella es la causa de todo.

TERESA. ¡Es tanta su exaltacion!

DOLOR. Gime, llora y se enardece  
de tal modo, que parece  
que se turba su razon.

TERESA. ¿Cómo la fatalidad  
la enteró de lo ocurrido?  
Dí ¿quién ha comprometido  
su cansada ancianidad

DOLOR. Se hallaba junto á su lecho

la doncella que la cuida  
y creyéndola dormida  
quiso enterarse del hecho:  
se acercó quedo á la puerta  
y preguntó á ese criado...

TERESA. ¡Y de todo se ha enterado  
tu abuela!...

DOLOR. Estaba despierta.

TERESA. Va un mal por otro seguido:  
nunca el destino se sácia;  
es tan fiera la desgracia  
que se ceba en el vencido.  
Escucho el ¡ay! de agonía  
que causa un viejo dolor,  
miro ultrajado mi honor,  
pierdo á mi hijo...

DOLOR. ¡Madre mia!

¿Se sabe de Luis la suerte?  
Dígala usted ¿por qué tarda?  
El silencio que usted guarda  
es un silencio de muerte.  
¡Aumenta su agitacion!

TERESA. No, no...

DOLOR. Si no se concibe...  
¡Ha muerto mi hermano!

## ESCENA VI.

TERESA, DOLORES y LUIS.

LUIS. Vive.

TERESA. ¡Hijo de mi corazon!

DOLOR. ¡Luis!

TERESA. Ya recobro la calma

DOLOR. ¿Y no estás herido, hermano?

LUIS: Vengo con mi cuerpo sano,  
pero traigo herida el alma.

TERESA. ¿El otro ha quedado herido?...  
¡Habrá muerto!

LUIS. Dios lo sabe;

su herida es profunda y grave,  
y él no recobra el sentido.

DOLOR. ¡Ay Luis!

LUIS Las penas me oprimen  
y contemplo con horror  
que son las leyes de honor  
encubridoras del crimen.

TERESA. No me amargues el instante  
de ver salva tu existencia

LUIS. (Muy preocupado.)

Hay sombras en la conciencia  
de quien mata á un semejante.

DOLOR. ¡Hermano!

LUIS. ¡Soy asesino!

TERESA. ¡Hijo!

LUIS. El duelo es infecundo:  
maldito, maldito el mundo  
que empuja en ese camino;  
pues en su curso fatal  
siempre para el bien es tarde;  
quien no mata es un cobarde,  
quien mata es un criminal.

TERESA. Hirvió la sangre en tus venas  
al ver mi honor ultrajado;  
te batiste y has logrado  
que se aumenten nuestras penas.

DOLOR. Con duelo tan aflictivo  
la abuelita está angustiada,  
y aun ignora la llegada...

LUIS. ¿Sabe el lance?

TERESA. Y el motivo.

LUIS. ¡Ah, todo!

TERESA. (Me he olvidado  
con mi cariñoso afan...

Sí, sí.) (A Dolores.) Que busquen á Juan  
en casa de Maldonado.

(Se marcha Dolores por el foro derecha )

## ESCENA VII.

TERESA y LUIS.

TERESA. Ahora á prevenirla vuelo.

LUIS. Su dolor quiero calmar,  
si es que puede consolær  
quien necesita consuelo.

TERESA. Vé que no está preparada...  
Espérate aquí; al instante  
vuelvo... tengo que ir delante  
para anunciar tu llegada.

LUIS. Bien.

TERESA. Dirás con voz entera  
que Vega solo está herido,  
y confiesa arrepentido  
que mintió.

LUIS. Cuanto usted quiera.

TERESA. Así me gustas; así  
calmas mis duelos prolijos:  
quiera Dios, si tienes hijos,  
que nunca duden de tí.  
(Se va por la izquierda.)

## ESCENA VIII.

DOLORES y LUIS.

DOLOR. Luis, te abruman los recuerdos.

LUIS. Abandoné á mi adversario  
cuando mi honor exigia  
que me quedase á su lado.

DOLOR. ¿Dónde está?

LUIS. Le condugimos  
á una gran casa de campo  
próxima al lugar del lance,  
y los padrinos quedaron  
con el médico Baselga, (1)

---

(1) Se refiere á D. Eduardo Baselga, médico mayor del Cuerpo de Sanidad militar.

prodigándole cuidados.  
Yo quise esperarme, y todos  
hacia Madrid me empujaron,  
porque no viese sin duda  
la muerte del desdichado.

DOLOR. ¡Y qué muerte tan horrible,  
sin el consuelo cristiano!

LUIS. Yo, confuso, arrepentido,  
vine á enjugar vuestro llanto,  
que en aquel terrible instante  
me recordó Maldonado.

DOLOR. Dios le premie ese recuerdo.

LUIS. ¡Cómo le quieres!

DOLOR. Le amo:  
en medio de estas angustias  
en que desfallece el ánimo,  
siempre hallo en mis pensamientos  
el nombre suyo adorado.  
Veo la calumnia y me indigno,  
oigo tu duda y me exalto,  
recuerdo el lance y me aterro,  
pienso en el muerto y me espanto:  
y cuando el dolor me agobia  
encuentro el consuelo amargo  
de recordar el cariño  
que me tuvo Maldonado.

LUIS. Queda una sima en el alma  
cuando huye un amor ingrato  
y en ella un eco repite  
las glorias de lo pasado.

DOLOR. Por eso á mi amor responde  
siempre el eco solitario.  
(Se retira por la puerta de la izquierda)

## ESCENA IX.

LUIS.

Mi hermana y mi madre gimen;  
los pesares las devoran  
y mis propios ojos lloran

despues de mirar mi crimen.  
 ¡Misterios de la existencia!  
 Ayer tan honrado, y hoy  
 siento miedo cuando estoy  
 á solas con mi conciencia.  
 Gané del duelo la palma,  
 y he logrado por mi nombre  
 ver el espectro de un hombre  
 siempre que me mire al alma.  
 ¡Ah! ¿Qué he conseguido? ¿qué?  
 Ni halla Dolores su amor,  
 ni mi madre halla su honor,  
 ni yo puedo hallar mi fé.  
 Nada afirmo, nada niego;  
 mas por mi cerebro pasan  
 pensamientos que me abrasan  
 como si fueran de fuego.  
 Detente imaginacion  
 y no aumentes mi agonía:  
 yo adoro á la madre mia  
 con todo mi corazon;  
 si la sociedad me aterra  
 con su labio maldiciente,  
 la ocultaré de la gente  
 en un rincon de la tierra,  
 y en su amor los ojos fijos  
 mitigaré su quebranto,  
 que es ménos amargo el llanto  
 cuando lo enjugan los hijos.  
 Señor, haz que la verdad  
 brille tan pura, tan clara,  
 que yo la muestre á la cara  
 de toda la sociedad:  
 que al ver del mundo el cinismo  
 sienta un desprecio profundo,  
 y que al despreciar al mundo  
 yo me desprecie á mí mismo.

(Entra el criado con una carta )

**CRiado.** Una carta para usted.

(Coge la carta sin fijarse en ella.)

LUIS. Bien. (Se marcha el criado.) Renaciera el reposo  
 si Dios Todopoderoso  
 nos hiciese esta merced.  
 (Mirando la carta.)  
 ¿De quién será?—Verlo puedo  
 (La abre.)  
 ¿Si encerrará otro disgusto?  
 Estando en desgracia es justo  
 que todo me inspire miedo.  
 (Pasa rápidamente la vista por la carta.)  
 Cádiz... la firma... ¡mi padre!  
 Su llegada es positiva.  
 ¿Qué hacer? Es muy aflictiva  
 la situación de mi madre.  
 Hay que tomar un partido  
 y me siento vacilar...  
 ¿Debe mi padre ignorar  
 todo lo que aquí ha ocurrido?  
 Sí, que ignore lo que pasa,  
 y, fingida ó de verdad,  
 halle la tranquilidad  
 bajo el techo de su casa.

## ESCENA X.

JUAN y LUIS.

JUAN. ¡Ah, Luis! por fin te he encontrado.

LUIS. (¡El!)

JUAN. Temí que no volvieras.

(Advirtiendo despego en Luis.)

No recuerdes tus quimeras  
 antes de haberme abrazado.

LUIS. ¡Mendez!

(Se ha guardado la carta y sigue mostrando repugnancia.)

JUAN. Lloro tus errores  
 y olvida.

LUIS. ¿Existe el olvido?

JUAN. Yo que estoy tan ofendido  
 no recuerdo mis rencores.

LUIS. Este es nuestro último adiós.

- JUAN.            ¡Me rechazas! ¿En tí cabe  
esa accion?
- LUIS.                Usted no sabe  
que hay un muerto entre los dos.
- JUAN.            ¿Ha muerto Vega? ¡Es verdad!  
¿En las dehesas de Amaniel?
- LUIS.            Debe haber muerto, y con él  
ha muerto nuestra amistad.
- JUAN.            ¡Que por su muerte me arguyas  
en trance tan deplorable!...  
¿He de ser yo responsable  
de tus faltas y las tuyas?
- LUIS.            El mundo le hace á usted reo  
y en su sentencia me fundo
- JUAN.            ¿Y tú das crédito al mundo?
- LUIS.            Yo no sé ni lo que creo.
- JUAN.            Luis, te abandona tu juicio.
- LUIS.            Algo su amistad encierra.  
¿Qué lazo?...
- JUAN.                ¿No hay en la tierra  
otro lazo que el del vicio?
- LUIS.            No lo hallo en esta ocasion:  
la tierra solo dá lodo.
- JUAN.            Es porque lo juzgas todo  
por tu propio corazon.
- LUIS.            Una nueva ofensa en cada  
palabra de usted se vé  
y no respondo...
- JUAN.                Ya sé  
que no reparas en nada.
- LUIS.            Seré infame, criminal...  
cuanto usted quiera decir,  
pero no puedo vivir  
con esta duda infernal.  
Desde que oí la acusacion  
de ese pobre maldiciente  
llevo dentro una serpiente  
que me muerde el corazon.  
Devuélvame usted la calma;  
verdades, claras verdades

deshagan las tempestades  
que se agitan en el alma.

JUAN. ¡Alma pobre!

LUIS. Que no vé  
más que nieblas, densas nieblas.

JUAN. ¡No ha de vivir en tinieblas  
si no la alumbrá la fé!

LUIS. Usted ultrajó mi honor  
y le exijo...

JUAN. Cosa igual  
nunca ví; este criminal  
quiere ser mi acusador.

LUIS. Usted no se ha defendido  
acusándole los hechos,  
y vuelvo por los derechos  
de mi buen padre ofendido.

JUAN. Tu accion á la suya enlaza.

LUIS. Hable usted.

JUAN. ¿Quiéres que hable?

Tu padre fué un miserable;  
tú no desmientes su raza.

LUIS. ¡A mi padre tal ofensa!  
No me puedo contener.

JUAN. (Señalando hácia la puerta de la izquierda, por donde  
aparece Teresa.)

Tú ofendes á su mujer  
y yo salgo á su defensa.

## ESCENA XI.

LUIS, JUAN Y TERESA.

TERESA. ¡Luis!

LUIS. Con mi madre me ensaño,  
aunque á mi amor no le cuadre;  
y ofendo tanto á mi madre  
que la defiende un extraño.

TERESA. ¿No sientes remordimiento?

JUAN. Aún lucha.

LUIS. Mi llanto corre.

TERESA. Llorá, que tu culpa borre

- un justo arrepentimiento.
- LUIS. Madre, mi lucha no cesa  
si no se aclara el enigma,  
y se rechaza el estigma  
que sobre nosotros pesa.
- TERESA. Se aclarará.
- JUAN. No, no puedo.
- LUIS. Mi padre debe llegar  
muy pronto, y se va á enterar...
- JUAN. No llegará: tiene miedo.
- LUIS. Si está en Cádiz.
- JUAN. Pues no viene.
- LUIS. Esta carta he recibido.
- TERESA. ¿Qué dice?
- LUIS. No la he leído.
- TERESA. Miremos lo que contiene.  
(Coje la carta, y se la entrega á Juan.)
- JUAN. (Leyendo.)  
«Hijo; mi cariño quiso  
abrazaros por sorpresa.  
más, ya en España, me pesa  
no tener vuestro permiso.  
Quien olvidó ayer los lazos  
del deber y del amor,  
quizás no es hoy acreedor  
á que le abrais vuestros brazos;  
por eso aquí me detengo,  
y á que falleis me resigno  
si mi pesar me hace digno  
de la dicha porque vengo.  
¡Doce años en tierra extraña  
labrando lo porvenir!  
Doce años de no vivir  
sino pensando en España,  
son, hijo, una dura prueba,  
de la cual nunca me quejo:  
ya vengo viejo, muy viejo,  
pero traigo un alma nueva.  
Tened todos compasion  
de las penas que me asaltan;

sin mi familia me faltan  
pedazos del corazón.  
Que ningún dolor taladre  
á quien vuelve tan sumiso:  
Luis, aquí aguardo el permiso  
del hermano de tu madre.»

TERESA. ¡Ah! Te conmueve su ruego.

LUIS. (Repasando la carta.)

Dice que á mi tío pida...  
Si yo no he visto en mi vida...

TERESA. ¡Qué has de ver tú, si estás ciego!

LUIS. ¡Qué rayo de luz!

TERESA. Ves claro  
tu mal proceder?

LUIS. Me pesa,  
pero...

JUAN. Cállate, Teresa.

TERESA. Ya puedo hablar sin reparo:  
nuestra madre el desafío  
supo con dolor profundo,  
y quiere decir al mundo  
que tú eres hermano mio.

LUIS. ¡Su hermano!

JUAN. Hijo de un engaño,  
jamás humillé la frente  
de mi madre; ante la gente  
me hablaba como á un extraño  
Mas yo, que la reverencio,  
me desquitaba de aquella  
ficción, llorando con ella  
y adorándola en silencio.  
Siempre ha callado mi lábio  
por no aumentar su agonía,  
jamás una frase mia  
ha contenido un agravio.  
Si ahora estrañas que te arguya  
compara aunque no te cuadre  
como obré yo con mi madre,  
como obras tú con la tuya.

TERESA. Así se guarda el respeto,

- asi un buen hijo se inmola  
 JUAN. Solo una vez, una sola,  
 hice uso de este secreto.  
 Tu padre de varios modos  
 comprometió á su mujer....
- TERESA. Y Juan se dió á conocer  
 para salvarnos á todos.
- LUIS. Por mis acciones me aflijo,  
 mi voz ahoga la emocion:  
 perdon, por piedad, perdon  
 para el padre y para el hijo.  
 (Cae de rodillas.)
- JUAN. Tu padre al fin ha purgado  
 su culpa en el aislamiento.
- TERESA. La pena, el remordimiento,  
 borran todo su pasado.
- LUIS. Yo prometo hacer despues  
 cuanto mi familia quiera.
- EUGEN. ¡Suplicas de esa manera!
- LUIS. Este es mi sitio, á sus piés.

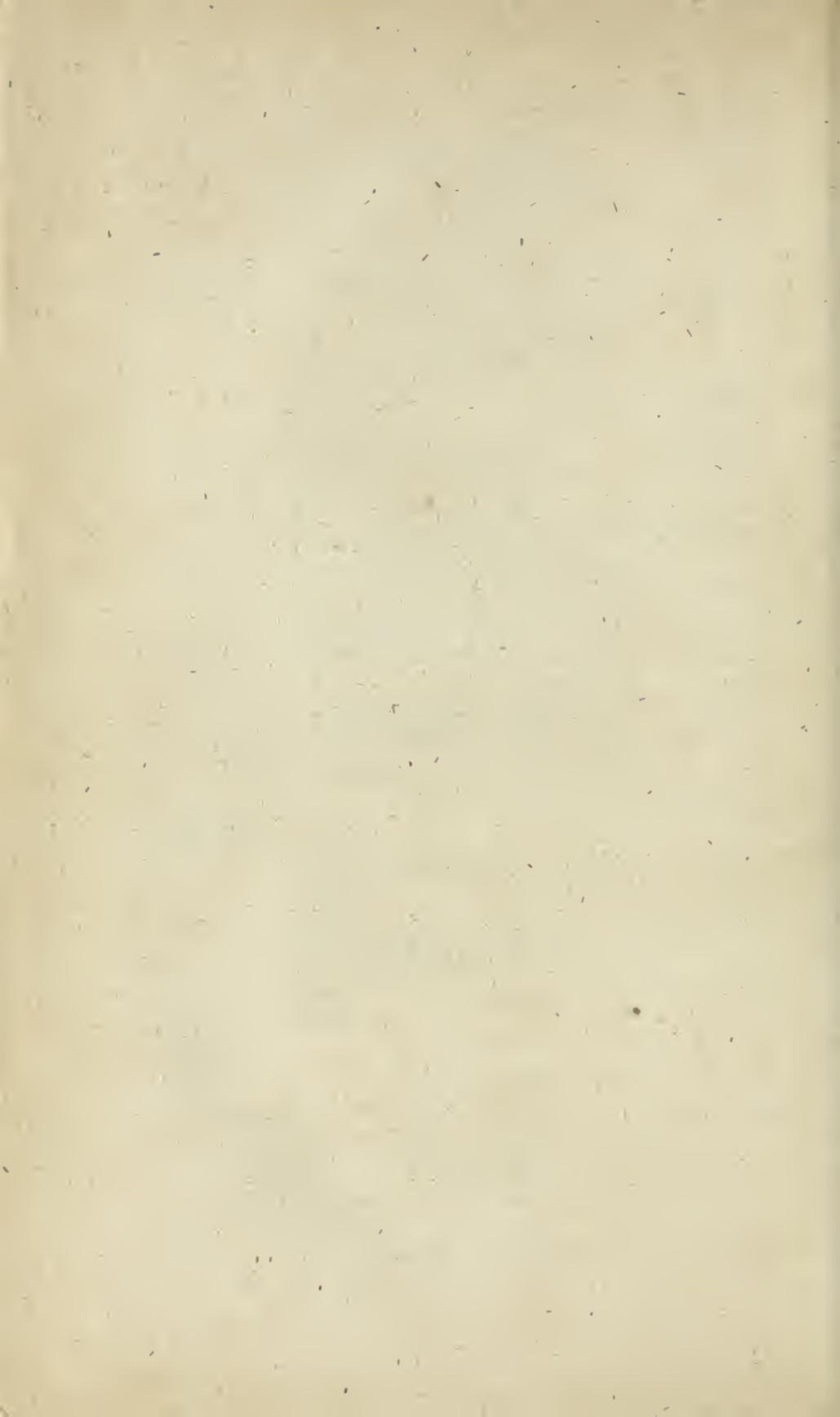
## ESCENA XII.

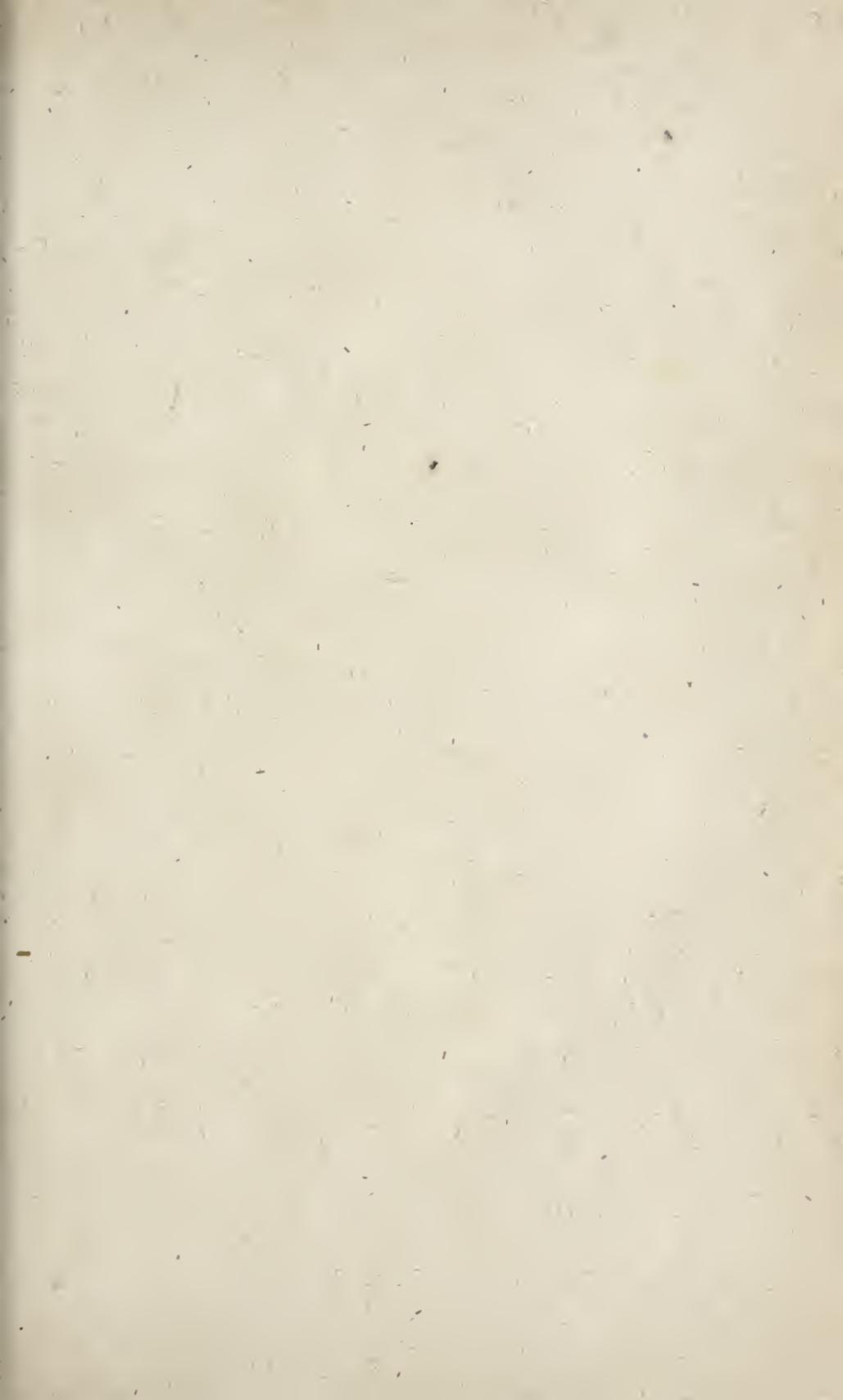
TERESA, JUAN, LUIS, DOLORES y luego EUGENIO.

- DOLORES. (A Luis.)  
 Bien: arrepentido estas.  
 (A Teresa.)  
 Abrácele usted, así:  
 y guarde otro para mí  
 que no he dudado jamás.
- LUIS. ¡Eugenio!
- DOLORES. ¡Ah!
- EUGEN. Si mi llegada  
 molesta, pronto termino:  
 traigo una nueva que opino  
 ha de ser bien escuchada.  
 Vista despacio la herida  
 de Vega....
- LUIS. ¿Qué? ¿Tiene cura?

- DOLORES. ¿Vive?
- EUGEN. El médico asegura  
que puede salvar su vida
- TERESA. No muere; desecha ya  
tu enorme remordimiento
- JUAN. Y sírvate de escarmiento.
- DOLORES. Pero mi abuelita está  
esperando á la familia.
- TERESA. Juan, vé delante.
- LUIS. Sí; tío.
- EUGEN. ¡Qué dice!
- TERESA. Es hermano mio.
- EUGEN. ¡Perdon!
- LUIS. Todo se concilia.
- DOLORES. Bien puede pedir perdon  
quien á mi madre culpaba.
- LUIS. La fé que antes me faltaba  
ilumina el corazon
- JUAN. Que nunca un mal pensamiento  
ese corazon taladre
- TERESA. Hijos *Honrar padre y madre*  
dice el cuarto mandamiento.

FIN DE LA COMEDIA.







|       |                                                                                 |       |
|-------|---------------------------------------------------------------------------------|-------|
| 38    | Aritmética general.—Cuatro tomos en tela. . . . . <i>Pesetas.</i>               | 38    |
| 38    | Arquitectura de las Lenguas.—Tres tomos en tela. . . . .                        | 38    |
| 30,25 | Prosodia Castellana y Versificación.—Tres tomos en tela. . . . .                | 30,25 |
| 19    | Diccionario de Asonantes y Consonantes.—Un tomo en tela. . . . .                | 19    |
| 7     | Errores en los libros de matemáticas.—Un tomo en rústica. . . . .               | 7     |
| 10    | Novísimo método práctico de la Lengua Latina.—Dos cursos: en tela. . . . .      | 10    |
| 12    | Diccionario Latino-Español y Español-Latino.—Un tomo en tela ó pasta. . . . .   | 12    |
| 12    | Elementos de Historia Natural.—Un tomo en pasta. . . . .                        | 12    |
| 6     | Diccionario popular de la Lengua Castellana.—Un tomo en tela. . . . .           | 6     |
| 6     | Diccionario Francés-Español, y viceversa.—Un tomo en tela. . . . .              | 6     |
| 5     | Veinte Lecciones de Francés.—Un tomo en rústica. . . . .                        | 5     |
| 25    | B. CARACUDO.—Química Orgánica.—Un tomo en rústica. . . . .                      | 25    |
| 2     | R. ESPAÑA.—El Matrimonio, según el derecho vigente.—Un tomo en rústica. . . . . | 2     |
| 2     | La Familia, segunda parte de <i>El Matrimonio</i> .—Un tomo en rústica. . . . . | 2     |
| 2     | Tratado práctico del Testamento Olografo.—Un tomo en rústica. . . . .           | 2     |
| 1,50  | GONZÁLEZ.—Memorandum elemental de Zoología.—Un tomo en rústica. . . . .         | 1,50  |
| 3,50  | FLAVIO.—Vade Mecum del Estudiante de Derecho.—Un tomo en rústica. . . . .       | 3,50  |
| 7     | Manual del Practicante y del Interno de Hospital.—Un tomo en rústica. . . . .   | 7     |
| 4     | Manual teórico práctico de Partos.—Un tomo en rústica. . . . .                  | 4     |
| 4     | Manual del Empleado de Hacienda.—Un tomo en rústica. . . . .                    | 4     |
| 5     | Políticos de antaño.—Dos tomos en rústica. . . . .                              | 5     |
| 4     | Curiosidades Históricas.—Un tomo en rústica. . . . .                            | 4     |
| 2     | Salud y Pesetas.—Un tomo en rústica. . . . .                                    | 2     |
| 3     | De la Batalla.—Un tomo en rústica. . . . .                                      | 3     |

Se sirven directamente á quien lo solicite, anticipando su valor.

